

## CAPITULO LXXIX.

### Desaciertos.



IRITACION profunda habia causado á Pánfilo de Narvaez el que se hubieran descubierto sus planes.

—Decididamente la suerte no es propicia para mí, exclamó al leer la carta de Hernan Cortés.

Pero no importa, ha llegado el momento de luchar y estoy seguro de vencer.

La torpeza de ese indio ha echado por tierra todos mis planes. Mejor hubiera sido dar el golpe sobre seguro.

No importa; lucharemos, y ¡ay! de los desgraciados que se crean con fuerzas suficientes para rebelarse contra mí.

Apénas llegaron los soldados españoles á la aldea en donde establecieron su cuartel general, los espías de Narvaez corrieron á avisárselo, y por ser ya muy tarde, resolvió el general en jefe del ejército emplear la noche en aquellos preparativos.

Reunió á los capitanes, les dió cuenta de lo que pasaba, y les manifestó que su resolucion formal era salir al dia siguiente en busca de Hernan Cortés y sus soldados, para que la batalla se diera en campo raso, donde podria desplegar sus fuerzas y sacar partido de la artillería.

No faltó alguno que manifestara su pena por tener que recurrir á aquel extremo.

Pero Pánfilo de Narvaez dijo que en trances como aquel solo los cobardes vacilaban, y los capitanes que no estaban conformes con su resolucion sufrieron en silencio aquella herida, prometiéndose vengarla á su debido tiempo.

Desde el primer instante pudieron comprender los oficiales inteligentes que la pasion que dominaba á Pánfilo de Narvaez le impelia á dar órdenes contrarias á las buenas reglas de la tierra.

Pero Narvaez no oia observaciones.

Repitió varias veces que él era el jefe de la expedicion, que sus órdenes debian acatarse, y que aceptaba toda la responsabilidad de sus actos.

Antes de que se retiraran los soldados á descansar, hizo que se pregonase de nuevo su ofrecimiento de dar dos mil ducados por la cabeza de Hernan Cortés, y mil por la de Gonzalo de Sandoval, y otros mil por la de Velazquez de Leon.

Solís, hablando de la actitud de Pánfilo de Narvaez en aquellos momentos, dice: "Que mandaba muchas cosas á un tiempo, sin olvidarse de su enojo; que mezclaba las órdenes con las amenazas, y que no hacia más que despreciar al enemigo, cuando en realidad le temia."

Fácilmente se comprende que un hombre en esta situacion no vé con la claridad necesaria en tan apurado trance como en el que se hallaba Pánfilo de Narvaez; y sabido es tambien que en semejantes casos, cuando la cabeza se acalora, nada se hace con concierto.

A pesar de su obcecacion, no dejó de comprender Pánfilo de Narvaez que no existia en su ejército todo el entusiasmo necesario para llevar á cabo su plan.

Sin embargo, salió de madrugada con todo su ejército, y avanzó hasta un cuarto de legua de la ciudad.

Andaban rezagados muchos soldados, y tanto por esto, como porque la proximidad del peligro aminoraba sus esperanzas:

—Paréceme, dijo á sus capitanes, que esta espaciosa vega es la más á propósito para dar la batalla.

Por otra parte, siempre tiene ventaja el que espera.

Detengámonos aquí y aguardaremos á Hernan Cortés, que de seguro se habrá puesto en camino para venir á nuestro encuentro.

Una hora despues supo Hernan Cortés esta determinacion y al avisársela Andrés del Duero, le dijo:

—No os movais hasta que yo os avise.

Todo el dia estuvieron los soldados de Pánfilo de Narvaez esperando al enemigo.

El enemigo no llegó.

Un dia de esperar un combate, debilita en extremo á un ejército.

Narvaez lo aprovechó en ponderar á los capitanes y á los soldados las ventajas de la victoria.

Llevaremos á Hernan Cortés y á sus capitanes á Santiago de Cuba para que sean juzgados; sus tropas se unirán con nosotros, y todos juntos continuaremos por el camino de México, adonde llegaremos y alcanzaremos las mismas ventajas que Hernan Cortés.

Pero en vez de entablar amistosas relaciones con el monarca de ese imperio, entraremos á saco en la ciudad, nos apoderaremos de sus riquezas, nos las repartiremos y volveremos á Santiago de Cuba con honra y con provecho.

No se animaban á pesar de estas promesas, y mientras unos aconsejaban á Pánfilo de Narvaez que avanzase, otros aseguraban que de esperar al enemigo más valia aguardarlo en Zempoala.

En vista de tan opuestos pareceres, resolvió Pánfilo de Narvaez aguardar á la noche.

Pero para colmo de desventuras y de dudas, aquella misma tarde estalló una horrible tempestad sobre los españoles y unos aguaceros tales, que los soldados de Pánfilo de Narvaez, indignados al ver que no tenían donde guarecerse, comenzaron á mur-

murar y á desbandarse, obligando á su jefe á retroceder á Zempoala.

Apénas dió la órden le obedecieron con tanta presteza los que aún dudaban de sus propósitos que en ménos de un cuarto de hora se hallaron todos en Zempoala.

Temiendo el general en jefe que si llegaba á noticia de su adversario aquella retirada se envalentonase, tanto para evitar una sorpresa como para estar prevenido y volver al dia siguiente en busca de Hernan Cortés, se alojó con todos sus soldados en la hostería principal de la villa, que constaba de tres torreones ó capillas, poco distantes, situadas en una altura, á la que se subia por unas gradas muy pendientes.

Guarneció con la artillería el pretil que servía de remate á las gradas, se retiró con algunos capitanes y cien hombres á la capilla del centro, repartió á sus soldados en las otras dos, envió algunos jinetes á recorrer el campo puso centinelas, y preparado de este modo, se retiró á descansar, permitiendo á los capitanes y á los soldados que hicieran otro tanto, porque durante aquel dia habian sufrido mucho.

Andrés del Duero, que era en aquella ocasion un activo agente de Hernan Cortés, le envió un mensaje, asegurándole que podia pasar la noche tranquilo, porque hasta el dia siguiente no volveria Narvaez á salir de Zempoala.

Al mismo tiempo le refirió todo lo que habia pasado. Esta noticia la recibió Hernan Cortés una hora despues de la llegada á Zempoala de Pánfilo de Narvaez.

Acto continuo convocó á sus capitanes.

## CAPITULO LXXX.

## Un buen general.

Con la brevedad que el caso requería informó Hernan Cortés à sus capitanes de las noticias que acababa de recibir y de las probabilidades que tenía de vencer, si aprovechándose del cansancio de los soldados de Pánfilo de Narvaez y de la forzosa retirada que habían hecho, le sorprendía y atacaba.

Sus palabras hallaron eco en todos.

Así es que como les cogía de refresco y con bríos, en breve tiempo estuvieron en disposición de partir. Vadearon el río, no sin dificultad, y mientras descansaba de aquella operación, que había sido trabajosa, preguntó de nuevo à los capitanes si creían que debería aprovechar el descuido de sus adversarios para terminar pronto y fácilmente la batalla.

Todos asintieron, y al ver el entusiasmo que reinaba en ellos, pronunció estas palabras, que conserva la historia, y que piadosamente debemos recoger:

—«Esta noche, amigos míos, exclamó, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasión que se pudiera fingir nuestro deseo.

«Vereis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos.

«Poco há que aguardábamos à nuestros enemigos con esperanzas de vencerlos al reparo de esa ribera.

«Ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan.

«De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores de la noche, pequeños males de la naturaleza, se colige cómo estarán en el sosiego unos hombres que le buscaron con flojedad y le disfrutaron sin recelo.

«Narvaez entiende poco de las puntualidades à que obligan las contingencias de la guerra.

«Sus soldados por la mayor parte son bisoños, gente de la primera ocasión, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad.

Muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitán.

«No faltan algunos à quien debe inclinación nuestro partido, ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento, y suelen pesar los brazos cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad.

«Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren; porque si ellos nos vencen hemos de ser nosotros los traidores.

«Verdad es que nos asiste la razón.

«Pero en la guerra es la razón enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden más.

«A usurparos vienen cuanto habeis adquirido.

«No aspiran à menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas.

«Suyas se han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas, y lo peor es que con el mismo pié que intentan pisar nuestra servíz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey y atajar los progresos de nuestra religion, porque se han de perder si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados.

«A todo se ocurre con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis ejecutarlo que yo discurrirlo; alto à las armas y à la costumbre de vencer; Dios y el rey en el corazón, y

el pundonor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo ménos de animar con las palabras que de persuadir con el ejemplo."

Inmenso fué el efecto que produjeron estas palabras en el corazon, no solo de los capitanes, sino de los soldados que acompañaban á Hernan Cortés.

Tan grande fué el deseo que se despertó en todos de llevar á cabo aquella empresa, que no faltó quien asegurase al caudillo que si por efecto de las circunstancias llegaba á suspender las hostilidades y á tratar la paz con Pánfilo de Narvaez, se negarían á obedecerle.

—No temais eso nunca de mí, dijo Hernan Cortés.

Hallándose todos resueltos, la cuestion era, toda vez que tenia conocimiento de la situacion que ocupaban sus adversarios, aprovechar sus fuerzas para que el golpe fuera decisivo.

Sobre el terreno formó tres divisiones con sus soldados.

Confió el mando de la primera, compuesta de setenta hombres, á Gonzalo de Sandoval.

Debían ayudar á dirigirla los capitanes Velazquez de Leon, Alonso Dávila, Jorge y Gonzalo de Alvarado, Juan Nuñez de Mercado y Bernal Diaz del Castillo.

El mando de la segunda division le confió á Cristóbal de Olid.

Tambien constaba de setenta hombres, subdivididos en cuatro compañías, capitaneadas por Bernardo Velazquez de Tapia, Rodrigo Rangel, Andrés de Tapia y Juan Jaramillo.

El resto de sus soldados debían constituir la tercera division, mandada por él con el auxilio de los capitanes Diego de Orgaz, Cristóbal y Martín de Gamboa, Andrés de Grado, Diego Pizarro, y Domingo de Alburquerque.

—Vos, dijo á Gonzalo de Sandoval, procurareis vencer las primeras dificultades, tomando las gradas del adoratorio en donde se hallan refugiados nuestros adversarios, y destruir su artillería.

Vuestro principal cuidado debe ser estorbar la comunicacion de torreones laterales.

Partid inmediatamente, y una de las cosas que con más intereses os encargo, es que impongais silencio á vuestra gente, porque es preciso que el enemigo no se entere de vuestra llegada hasta teneros encima.

Cristóbal de Olid, añadió, os seguirá inmediatamente, y atacará el torreón del centro, donde se halla Pánfilo de Narvaez. Instantáneamente llegaré yo con mis soldados, y mi presencia la anunciarán las cajas y clarines, luchando todos desde aquel momento cuerpo á cuerpo, para que la influencia moral consiga más que el empuje del ataque, y economicemos en lo posible la sangre de nuestros hermanos.

Todos se dispusieron á ejecutar las órdenes de Hernan Cortés; pero ante los ruegos de fray Bartolomé de Olmedo convinieron en marchar juntos hasta una cruz que habían colocado en el camino los españoles.

Allí el misionero hizo que todos se hincaran de rodillas, y que repitiesen el acto de contricion que él iba diciendo.

—Que Dios se apiade de nosotros, exclamó el reverendo eclesiástico, y que proteja á los que defiendan la mejor causa.

Terminada esta ceremonia religiosa comenzó el movimiento de las tropas en el sentido que había indicado Hernan Cortés.

Hallábanse en Pascua de Resurreccion, y dió por santo y señal á sus soldados el nombre del Espíritu Santo.

## CAPITULO LXXXI.

### El combate.



Los cálculos mejor basados salen fallidos en la guerra.

Por eso el jefe de un ejército necesita llevar à su inteligencia los recursos que en un momento dado pueden salvarle.

Hernan Cortés habia combinado perfectamente su plan, y la primera division marchaba à desempeñar el papel que le habia confiado, cuando gracias al silencio con que caminaban, oyeron los batidores à cierta distancia pisadas de caballo.

Participaron à Gonzalo de Sandoval aquel acontecimiento, y éste mandó à todos sus soldados que se detuviesen y se ocultasen bajo los árboles próximos al camino para apoderarse con más facilidad de los jinetes.

Eran aquellos dos de los emisarios que Pánfilo de Narvaez habia enviado à reconocer el campo ó à vigilar para que le participasen la llegada del enemigo, si por acaso abandonaba su actitud pasiva.

Los dos jinetes se acercaron al paraje en donde estaban ocultos los soldados de Sandoval, y à la voz de alto, uno de ellos pudo picar espuela y escaparse.

Pero el otro cayó en poder de los soldados.

Envióle à Hernan Cortés, y disponiendo que le tuvieran en calidad de prisionero los soldados que formaban el pequeño cuerpo de reserva, celebró un nuevo consejo con sus capitanes

para acordar la resolucion que tomarian en vista de aquel inesperado contratiempo.

—Si el otro jinete, dijo Olid, ha ido à dar el aviso, tendrá Narvaez tiempo de tomar precauciones, y por de pronto no realizamos la sorpresa.

—Yo creo, dijo Hernan Cortés, que ese soldado, poseido de miedo, habrá procurado ponerse en salvo, y como la noche está oscura y no conoce el terreno que pisa, se habrá perdido y hasta mañana no llegará al cuartel general.

De todos modos, lo que conviene es apresurar la marcha, porque si no cogemos desprevenidos à nuestros adversarios, al ménos lograremos sorprenderlos àntes de que puedan reunirse y aprestarse al combate.

Aprobada esta determinacion, aceleraron todos la marcha. Hernan Cortés se habia equivocado.

El jinete habia llegado adonde estaban sus compañeros, habia referido à los centinelas lo que acababa de sucederle, y en un momento cundió la alarma, disponiendose todos à defenderse al ménos.

Miéntas esto sucedia llegó el soldado à la presencia de Narvaez y le refirió el encuentro que acababa de tener.

—No lo dudeis, exclamó; las tropas de Hernan Cortés se acercan, porque aunque he tenido que correr para librarme de mis perseguidores, he tenido tiempo para convencerme de que todo el ejército se hallaba à poca distancia de nosotros.

Aun no habia terminado el soldado su relacion, cuando entraron algunos capitanes à advertir à su jefe el peligro y à tomar órdenes.

—Me parece que la alarma es infundada, dijo Pánfilo de Narvaez, impulsado por su vanidad. ¿Cómo es posible que Hernan Cortés se atreva à venir à buscarnos à nuestro cuartel general, sabiendo como sabe las fuerzas de que disponemos y los medios de ataque y de defensa con que contamos?

—Capáz es de eso, y mucho más.

—Me ofendeis con pensarlo; pero si así fuera, poco me importaría, porque yo no le temo y se anticiparía á mis deseos.

No habia terminado la última frase, cuando un confuso griterio, al que no tardó en unirse el ruido de los tambores y de los clarines, le convenció de que la hora del peligro habia sonado.

En efecto, serian poco más de las doce de la noche cuando Cortés, con su ejército, penetró en Zempoala y llegó á vista del adoratorio sin hallar un solo centinela que le detuviese.

Delante del templo habia bastantes soldados.

Pero aguardaban órdenes.

Por otra parte, Andrés del Duero, que sabia lo que iba á suceder, aprovechaba los momentos de confusion para decidir á los soldados á debilitar en los capitanes los instintos belicosos, con objeto de que las tropas de su amigo pudieran llegar hasta el primer torreón del adoratorio sin encontrar la menor resistencia.

Hernan Cortés hizo á Gonzalo de Sandoval la señal indicada, y los setenta hombres de su division comenzaron á subir las gradas.

Instantáneamente se oyeron tres disparos de cañon.

En tanto que los soldados de Hernan Cortés subian, comenzaron á bajar los de Pánfilo de Narvaez, y no tardó en trabarse el combate cuerpo á cuerpo.

Renuncióse á los arcabuces.

Las espadas y las picas fueron las armas que unos y otros emplearon.

Los de arriba lograron contener á los de abajo.

Esto era natural que sucediese.

Setenta hombres no podian resistir el empuje de más de cuatrocientos.

Iban á retroceder, cuando la segunda division, al mando de

Cristóbal de Olid, impulsó á la primera; los soldados de una y otra ganaron terreno, y diez minutos despues llegaron á la última grada, obligando á sus adversarios á desamparar el atrio del templo, dejando en su poder la artillería que habian colocado sobre el pretil.

Casi todos se refugiaron en los torreones, y los más adictos á la causa que defendian se retiraron delante de la puerta del torreón principal en donde se trabó de nuevo el combate.

Hernan Cortés, dejando el mando de la tercera division á uno de los capitanes que le seguia de cerca subió las gradas, se colocó en primer término y luchó como un simple soldado.

No solo les animaba con su ejemplo, sino tambien con sus palabras.

Pánfilo de Narvaez se presentó poco despues en la puerta del torreón que le servia de alojamiento, y queriendo resolver el combate en favor suyo, se colocó en primera fila é hizo olvidar con su arrojo y su bravura los malos pensamientos que el egoismo le habia inspirado para vencer.

Pero la fortuna no estaba de su parte.

Apénas se colocó en primera fila, uno de los soldados de la division de Sandoval, Pedro Sanchez Farjar, le acometió con tal denuedo, que de un golpe de pica le saltó un ojo, derribándole en tierra.

—¡Me han matado! exclamó Pánfilo de Narvaez.

Este grito heló la sangre de sus combatientes.

Unos quedaron inmóviles.

Otros corrieron á refugiarse.

Los más arrojados tuvieron que retroceder, y los que obedecian á las insinuaciones de Andrés del Duero comenzaron á pedir á grandes voces, primero tregua y luego paz.

Hernan Cortés dispuso que cuatro de sus soldados condujesen á Pánfilo de Narvaez adonde estaba su reserva, disponiendo tambien que le pusiesen grillos y le vigilasen, para que aque-

llos de sus soldados que habían huido no se rehicieran é intentaran libertarle.

Hubo un momento en que cesó el combate por falta de resistencia.

Los enemigos de Hernan Cortés se encerraron en los torreones, sin atreverse desde allí á disparar un tiro.

—¡Victoria victoria! gritaron los soldados de Hernan Cortés.

—¡Victoria por nuestro caudillo! dijeron unos.

—¡Victoria por nuestro rey! dijeron otros.

—¡Victoria por el Espíritu Santo! añadieron otros.

Estas aclamaciones de alegría aumentaron el terror de sus enemigos.

Casi todos ellos creyeron que el ejército de Hernan Cortés era más numeroso de lo que había supuesto Pánfilo de Narvaez.

Para que todo favoreciera á Hernan Cortés, los amedrentados soldados veían á lo léjos en el campo multitud de luces, y creyeron que cada una de ellas representaba un soldado, cuando en realidad no eran más que gusanos de luz de los muchos que hay en aquella parte de la América.

## CAPITULO LXXXII.

### La rendición.



HERNAN Cortés, conoedor de la condicion humana, para que no desmayasen sus tropas fiadas en el triunfo, les recordó que aun no habian logrado completar la victoria y les exhortó á que aprovechándose del terror que se habia apoderado de sus enemigos, terminasen la obra comenzada.

Al efecto, dispuso que se volvieron las baterías del pretil contra los torreones, para tenerlos en jaque.

Pero como no era su ánimo hacer daño á los españoles, á quien por el contrario deseaba atraer á su partido, mandó pregonar un indulto general á favor de los que se rindieran, el cual se repitió infinitas veces en medio del mayor silencio por una y otra parte.

En el pregon ofrecía ventajas á los que se resolviesen á militar bajo su bandera, y libertad y pasaje á los que resolvieran regresar á Cuba.

Esta resolución produjo los mejores efectos.

Aun no habia empezado á romper el alba, y por consiguiente ignoraban los soldados el número de los sitiadores.

Par otra parte, la creencia de que habia muerto Pánfilo de Narvaez, les hizo caer en el mayor desaliento, y no bien se repitió el pregon tres ó cuatro veces, cuando empezaron á acudir compañías enteras con sus capitanes para acogerse al indulto.

Presentábanse á Hernan Cortés y arrojaban á sus piés las armas.